

es un todo: si muere, no puede decirse que su pié ó su mano existe aún. Podrá llamarse pié ó mano á un miembro inanimado, pero por analogía, como se llama mano á la mano de una estátua. Todos los seres tienen sus funciones y sus propiedades determinadas. Si pierden los caracteres que les son propios, no puede decirse que son los mismos. Según estos principios, el Estado es, por su naturaleza, superior al individuo; porque si cada individuo aislado no puede bastarse á sí mismo, todos estarán, separadamente, en el mismo caso. Si se hallase un hombre que no pudiese vivir en sociedad ó que pretendiese no necesitar cuidado alguno, no sería propiamente un hombre, sería una fiera salvaje ó un dios.

La vida social es un imperioso mandato de la naturaleza. El primero que instituyó una asociación política hizo á la humanidad el mayor de los beneficios; porque si el hombre, perfeccionado por la sociedad, es el primero de los animales, es también el último cuando vive sin leyes y sin justicia. Nada hay más monstruoso que la injusticia armada. Pero el hombre ha recibido de la naturaleza las armas de la sabiduría y de la virtud, que debe emplear principalmente contra sus malas pasiones. Sin virtud no es sino un ser feróz é impuro dominado por los brutales arrebatos del amor y el hambre. Justicia: tal es la base de la sociedad; dere-

cho: tal es el principio de la asociación política.

CAPÍTULO II

Ahora que conocemos positivamente las diversas partes que constituyen el Estado, debemos ocuparnos ante todo del modo de administrar las familias, puesto que el Estado está siempre compuesto de familias. Una familia bien organizada se compone de individuos libres y de esclavos; pero hay que descomponer más aún para llegar á los elementos primitivos de la familia. Estos elementos son el amo y el esclavo, el marido y la mujer, el padre y el hijo. Debe, pues, considerarse de una parte la autoridad del amo, después la autoridad conyugal, y luego la paternal. A estos tres elementos que acabamos de enumerar podría añadirse otro que algunos confunden con la administración doméstica y que otros sostienen que es sólo su parte más esencial. Este cuarto elemento, que también estudiaremos, es la especulación ó industria que provee al bienestar de los individuos que componen el hogar doméstico.

Ocupémonos ante todo del amo y del esclavo, á fin de conocer á fondo las relaciones necesarias que les unen, y veamos si conseguimos hallar un fundamento más sólido que el que se ha encontrado hasta el día á

la teoría de la esclavitud. Unos pretenden que el poder del amo, el del padre de familia, el del magistrado y el del monarca son todos de la misma naturaleza. Nos hemos ocupado ya de esta opinión al comenzar la presente obra. Otros sostienen que el poder del amo sobre el esclavo es contra naturaleza. La ley, dicen, es la única que establece diferencia entre el esclavo y el hombre libre; pero la naturaleza hace á los hombres iguales, y así, pues, la esclavitud es una injusticia, puesto que es resultado de la violencia.

Por otra parte, la propiedad es una parte integrante de la familia, y el modo de adquirirla forma parte también de la ciencia doméstica, puesto que sin las cosas de primera necesidad, los hombres no podrían vivir felices, ni aun vivir. Así como en las demás artes se necesitan para trabajar instrumentos especiales, la ciencia doméstica necesita de los suyos. Pero, entre los instrumentos, unos son inanimados y otros vivos; por ejemplo: para el patrón de un barco, el timón es un instrumento inanimado, y otro animado el timonel, porque el obrero es un verdadero instrumento en las artes. Asimismo puede decirse que la propiedad es un instrumento de la existencia, la riqueza una multiplicidad de instrumentos, y el esclavo una propiedad viva; sólomente que, en cuanto instrumento, el obrero es el más perfecto de todos. Las estatuas de Dédalo tenían un

principio de acción; los trípodes de Vulcano, dice Homero que corrían por sí mismos á los divinos combates. Si un útil pudiese cumplir el mandato del artista y ejecutarle, si la lanzadera tejiese por sí sola, si el arco sacase espontáneamente sonidos de la cítara, ni el arte necesitaría obreros, ni el amo esclavos. Además, como la producción y el uso difieren esencialmente, y estas dos cosas tienen instrumentos que les son propios, es preciso que estos instrumentos difieran análogamente entre sí. La vida es el uso y no la producción de las cosas, y el esclavo sirve sólo para facilitar este uso. Propiedad es una palabra que debe entenderse como la palabra parte que, al serlo del todo, pertenece en absoluto á otra cosa que ella misma. El amo es señor del esclavo y es otro que él; el esclavo, por el contrario, no sólomente es esclavo del amo, sino que le pertenece todo entero. Esto demuestra lo que el esclavo es en sí y lo que puede ser. Aquel que por una ley de la naturaleza no se pertenece, sino que, sin dejar de ser hombre, pertenece á otro, es naturalmente esclavo. Así el esclavo es propiedad ajena, y la propiedad es un instrumento necesario á la existencia.

Ahora nos falta saber si la naturaleza misma ha creado ó no la esclavitud; si es útil y justo que haya esclavos, ó bien si toda clase de servidumbre es contra naturaleza. Fácil-

mente llegaremos al descubrimiento de la verdad. La razón y la experiencia pueden servirnos de guías. La autoridad y la obediencia son cosas no solamente necesarias, sino eminentemente útiles. Algunos seres, desde el punto en que nacen, son destinados á obedecer y otros á mandar, aunque unos y otros con diversos grados y categorías. La autoridad es tanto más noble cuanto los seres que obedecen son más perfectos; así es más hermoso mandar á hombres que á animales. La obra es tanto más noble cuanto sus agentes son más perfectos; y hay obra allí donde hay de una parte mandato y de otra ejecución. Considérese la marcha de la naturaleza en la creación de los seres; ya constituyan su organización diversos elementos, ya las partes se armonicen para formar un cuerpo, se combina constantemente la autoridad con la obediencia. Esta dependencia coordinada existe en todos los seres animados, y aun en los seres insensibles. Citaría como ejemplo la música, si no creyese separarme demasiado de mi propósito.

Todo animal está, ante todo, compuesto de cuerpo y alma, cuyo fin es obedecer y mandar respectivamente. Tal es la ley que rige á los seres vivos, cuando no están viciados y cuando su organización ha experimentado un natural desarrollo, sin que el cuerpo y el alma pierdan su armonía; porque no hablo de esos seres degradados, en

los cuales el cuerpo esclaviza al alma y quebranta todas las leyes naturales. El hombre mismo encuentra en su organización una doble autoridad: la del amo y la del magistrado. El alma manda al cuerpo como un amo á su esclavo. El entendimiento manda á los deseos como un magistrado á sus ciudadanos y un monarca á sus súbditos. Así, la naturaleza quiere y el interés recíproco exige que el cuerpo obedezca al alma y la parte sensible á la parte inteligente. La igualdad ó el derecho de mandar sucesivamente sería á todos igualmente funesto. La misma relación existe entre el hombre y los animales. La naturaleza ha sido más liberal y pródiga con el animal que vive en sociedad, con el hombre, que con las fieras salvajes; pero á todos es ventajoso obedecer al hombre, y todos encuentran su bienestar en esta obediencia. Además, los animales se dividen en machos y hembras. El macho es más perfecto, y manda; la hembra, más débil, obedece. Esta es la ley general, que debe también aplicarse al hombre.

Hay en la especie humana individuos tan inferiores á los demás como el cuerpo al alma ó la fiera al hombre. Estos seres son á propósito para los trabajos del cuerpo, y son incapaces de hacer cosa alguna más perfecta. Partiendo de los principios que acabamos de establecer, estos individuos son destinados por la naturaleza á la esclavitud, porque

nada hay mejor para ellos que obedecer. Un hombre es esclavo por naturaleza cuando, por la medida de sus facultades, puede pertenecer á otro; y lo que precisamente le hace pertenecer á otro es el no participar de la razón sino por un sentimiento vago. Los demás animales, desprovistos de razón, obedecen á un ciego instinto. No es grande, por otra parte, la diferencia que existe entre el esclavo y la fiera; ambos son útiles tan sólo por su cuerpo.

Así la naturaleza, consecuente consigo misma, ha dado cuerpos diferentes al esclavo y al hombre libre; ha dado á aquél miembros robustos para los trabajos groseros, mientras que el hombre libre tiene el cuerpo recto y poco á propósito para los trabajos corporales: está constituido para la vida política, para las ocupaciones de la guerra y de la paz. Es cierto que esta regla no es general; que muchos tienen de hombres libres sólo el cuerpo y otros sólo el alma. Pero es seguro que, si los hombres fuesen siempre entre sí tan diferentes por su apariencia corporal como lo son de las imágenes de los dioses, se convendría unánimemente en que los menos bellos deberían ser esclavos de los demás; y si esto es verdad hablando del cuerpo, con más razón lo será hablando del alma; pero la belleza del alma es menos fácil de reconocer. Sea como quiera, es evidente que unos son naturalmente libres y

otros naturalmente esclavos, y, que, por tanto, exigen que el esclavo obedezca la autoridad y la justicia.

Los partidarios de los opuestos sistemas se ven obligados á admitir, hasta cierto punto, la verdad de nuestro principio: admiten una esclavitud diferente de la nuestra, que llaman esclavitud legal, entendiendo por tal el derecho de gentes, en cuya virtud todo lo que se conquista en la guerra se hace propiedad del vencedor. Pero muchos legistas acusan á este derecho de ilegalidad, porque es horrible, en su opinión, que el más fuerte, sólo por serlo y por poder emplear la violencia, haga de su víctima su esclavo.

En medio de la divergencia y de la incertidumbre de estas opiniones, puede asegurarse que la violencia es, en cierto modo, resultado necesario de la virtud; que la victoria es premio natural de cualidades brillantes y de la superioridad, y que así, bajo cierto aspecto, no puede haber violencia sin virtud. Resta sólo por discutir la legitimidad del derecho positivo que establece la esclavitud; pero unos pretenden que el derecho resulta de la sumisión y el asentimiento, y otros que está fundado sobre la fuerza, que á la obediencia obliga. En tantos razonamientos se halla falsedad; porque hacen creer que el derecho de mandar no corresponde al mérito.

Hay algunos que, pretendiendo que la esclavitud tiene su origen en el derecho posi-

vo, aseguran que es justa cuando resulta de la guerra. Pero esto es contradictorio, porque la causa de la guerra puede ser injusta, y jamás podrá llamarse esclavo al que no merece serlo. De otro modo, los hombres que parecen mejor nacidos podrían llegar á ser esclavos, porque podrían ser vendidos como prisioneros de guerra. Para evitar la dificultad, los partidarios de esta opinión cuidan de aplicar el nombre de esclavo sólomente á los bárbaros, y esto les lleva á afirmar la esclavitud natural, porque se ven obligados á convenir, como nosotros, que ciertos individuos son esclavos doquiera y que otros no lo son en parte alguna. El mismo principio aplican á la nobleza, que suponen que es la misma, no sólomente en Grecia, sino en todo el universo; los bárbaros, por el contrario, sólo pueden ser nobles en su patria, como si hubiese una nobleza y libertad absoluta y otra relativa. Esta es la idea de la Helena de Teodectes cuando exclama: *¡Esclava yo, siendo hija de los dioses!* Esta opinión viene á probar, como nosotros, que la virtud y la degradación moral constituyen toda la diferencia entre la nobleza y la villanía, la esclavitud y la libertad. Esto es creer que de padres nobles nacen hijos nobles, así como un hombre produce un hombre y un animal un animal. Tal es verdaderamente la intención de la naturaleza, si bien no siempre consigue su propósito.

Está, pues, demostrado que nuestro principio está fundado racionalmente y que hay hombres libres y esclavos por naturaleza. Se ha visto que es útil que ciertos seres estén sometidos á otros; que es justo y aun indispensable que exista autoridad y obediencia en el orden de los poderes por la naturaleza establecidos. Así, pues, es conforme á ella que haya amos y esclavos. Este principio es tan verdadero, que la aproximación contra naturaleza del amo y del esclavo es dañosa á los dos. En efecto, lo que es útil al todo lo es á la parte; lo que es ventajoso al alma lo es asimismo al cuerpo. Pero el esclavo forma parte del amo, ó, por decirlo así, es un miembro suyo, aunque existe separadamente. Existen, pues, entre el amo y el esclavo relaciones naturales de ventajas reciprocas, puesto que la naturaleza ha hecho de los dos un todo; otra cosa sería si el origen de la esclavitud fuese la fuerza.

Se sigue de estos principios que el poder del amo y el del magistrado son muy diferentes, y que, en general, la naturaleza de los poderes no es la misma, aunque se haya dicho lo contrario por algunos escritores: una concierne á los hombres libres, otra á los esclavos por naturaleza; aquélla es la autoridad doméstica que ejerce uno solo sobre libres y esclavos; ésta, la del magistrado, sólo se ejerce sobre hombres independientes é iguales. Se es amo, no porque se sepa man-

dar, sino por naturaleza; pero el magistrado necesita de la ciencia política. Quizá sería posible educar á los amos en la ciencia que deben practicar, lo mismo que á los esclavos; y aún ha existido una ciencia tal en Siracusa; allí por dinero se instruía á los niños de los esclavos en todos los detalles del servicio doméstico. Podríase también ampliar sus conocimientos y enseñarles determinadas artes, como la de preparar los platos, puesto que tales servicios son más estimados que otros, y puesto que, según el proverbio, hay *esclavos de esclavos* y *amos de amos*. En cuanto á la ciencia del amo, se reduce á saber usar de su esclavo. Es amo, no en cuanto tiene esclavos, sino en cuanto sabe usar de ellos. Esta ciencia no es, ciertamente, ni muy extensa ni muy profunda; consiste solamente en saber mandar lo que los esclavos deben saber hacer: así los amos que pueden dispensarse de estos cuidados enojosos encargan á un mayordomo este trabajo para dedicarse á los negocios públicos ó á la filosofía.

Por lo demás, no debe confundirse esta especie de ciencia del amo y del esclavo con el arte de adquirir (Κτήματα .) Este es un arte verdadero que tiene sus principios, como la caza y la guerra. No diremos más del amo y del esclavo.

CAPÍTULO III

Hemos visto que el esclavo forma parte de la riqueza de la familia. Vamos á tratar de la riqueza en general y de la adquisición de los bienes, siguiendo nuestro ordinario método.

Lo primero es saber si la ciencia de la adquisición es el mismo arte que la economía doméstica, ó si la está subordinada como la parte del todo. Si es su auxiliar, ¿en qué consiste esta relación? ¿Es la que existe entre el arte de hacer lanzaderas y el de tejer? ¿O bien entre el de fundir los metales y la estatuaria? La relación es muy diferente: aquél suministra el instrumento, éste la materia. Entiendo por materia la substancia que sirve para confeccionar un objeto; por ejemplo, la lana para el tejedor, la piedra para el estatuario. Esto supuesto, digo que la adquisición de los bienes difiere de la administración doméstica, puesto que una emplea lo que otra suministra. ¿A qué ciencia corresponde, en efecto, disponer los bienes de la familia si no es á la administración doméstica?

Pero la adquisición de las cosas, ¿es una rama de esta administración, ó bien una ciencia aparte? Ante todo, si aquel que posee esta ciencia debe conocer las fuentes de la riqueza y de la propiedad, debe convenir-

se en que la propiedad y la riqueza comprenden objetos muy diversos. En primer lugar, puede preguntarse si la agricultura, y en general la adquisición de los elementos, se comprende en la de los bienes, ó si forma un modo especial de adquirir. La naturaleza diversifica hasta el infinito las substancias nutritivas; de ahí la prodigiosa variedad en el modo de ser de los hombres y de los animales, todos los cuales necesitan de los alimentos. La diferencia de alimentación basta á modificar su vida y su modo de ser. Los animales se reúnen en sociedad ó viven errantes ó solos, según lo exige el interés de su subsistencia, pues que unos son carnívoros, otros herbívoros y los demás omnívoros; todos han recibido de la naturaleza un instinto análogo al género de su alimentación, al modo de procurársela. Pero no tienen todos los mismos gustos: los alimentos que á unos placen á otros desagradan, y por esto tienen diversos hábitos. Puede decirse otro tanto de los hombres. Sus modos de existencia no son menos diversos. Unos, en el ocio más absoluto, son nómadas; sin pena y sin trabajo, se alimentan de la carne de los animales que roban. Sólomente, como sus rebaños se ven obligados para encontrar pastos, á cambiar constantemente de sitio, se ven ellos también obligados á seguirles, cultivando así como un campo vivo. Otros subsisten del apresamiento, que no es igual en

unos que en otros. Para unos es el robo; para aquéllos la pesca cuando habitan las orillas de los estanques ó lagunas y las riberas de los ríos ó de la mar; otros cazan los pájaros y las bestias salvajes. Pero la mayor parte del género humano vive del cultivo de la tierra.

Hé aquí, pues, casi todos los modos de existencia á que el hombre puede acudir con su solo trabajo personal, sin auxilio del comercio: nómada, agricultor, bandido, pescador ó cazador. Los pueblos viven cómodamente combinando estas existencias diversas y tomando de una lo bastante para llenar los vacíos de otra. Son á la vez nómadas y bandidos, agricultores y cazadores, y así abrazan el género de vida que les impone su necesidad. La naturaleza misma asegura estos medios de subsistencia á todo lo que respira, lo mismo al animal adulto que al feto en que acaba de infundir el soplo de la vida. Unos animales depositan con el feto el alimento que le conviene hasta que puede buscárselo él mismo, como los ovíparos y los vermíparos. Los vivíparos llevan durante cierto tiempo en sí mismos la leche que ha de alimentar á sus pequeñuelos. La naturaleza, con este orden invariable, ha provisto también á las necesidades del animal adulto; ha hecho vegetar las plantas para los animales, y crecer á los animales para el hombre. En efecto, unos viven con nosotros, nos ayu-

dan y nos alimentan; otros son salvajes; todos, ó casi todos, nos suministran alimentos, vestidos y otros objetos de utilidad. La naturaleza nada ha hecho en vano; y puesto que su obra es perfecta, es forzoso que todo lo haya creado para el hombre.

Así la guerra es un medio de adquisición natural, puesto que comprende esta caza de las bestias salvajes y de los hombres que, nacidos para obedecer, se niegan á la esclavitud; es una guerra que la naturaleza ha hecho legítima. Hé aquí un modo de adquisición natural que forma parte de la economía doméstica. Por ella, el sabio administrador debe hallar ó procurarse sin trabajo los medios de existencia, sin los cuales la familia y el Estado serían imposibles. A esto es á lo que debe llamarse verdadera riqueza que, una vez bien determinada, no excita ese deseo insaciable que Solón pinta en sus versos cuando dice: «*Aumentar los tesoros sin descanso.*»

Por el contrario, hay aquí un límite, como en todas las artes, porque todas tienen instrumentos limitados en número y extensión, y la riqueza no es sino la abundancia de instrumentos domésticos y sociales. Existe, pues, evidentemente un modo de adquisición natural común á los jefes de la familia y á los de los Estados. Ya hemos visto cuáles son sus fuentes.

Resta ahora ese otro género de adquisición

que se llama más particularmente, y con justo título, adquisición de bienes, y por esto podría creerse que la riqueza y la propiedad pueden aumentarse indefinidamente. Se confunden á veces estos dos modos de adquisición por su afinidad. Hay ciertamente entre ellos semejanzas, pero sus caracteres no son los mismos. El primero se funda en la naturaleza; el otro es resultado de la destreza y de la industria. De éste trataremos primeramente.

Toda propiedad tiene dos usos, ambos inherentes al objeto, con un destino particular. Uno natural y otro artificial. Así el uso natural del calzado es servir para andar. Su uso industrial es el de servir de objeto de cambio. Un hombre necesita zapatos; el zapatero se los facilita á cambio de dinero ó mercancías; emplea los zapatos como tales zapatos; pero no con su utilidad propia, porque no habian sido hechos para el cambio. Otro tanto puede decirse de las demás propiedades; el cambio, en efecto, puede aplicarse á todas, puesto que ha nacido primitivamente de los hombres, de la abundancia ó escasez de los géneros necesarios para la vida. Es evidente que, en este sentido, la venta no forma parte de la adquisición natural. El cambio, en su origen, se limita á las más estrictas necesidades, y es ciertamente inútil en la primera asociación, la de la familia. Para que se produzca es preciso que

la esfera de la asociación sea más amplia, siendo todo común. En el seno de la familia, entre los miembros que se separan, una comunidad nueva se establece, y se hace preciso el cambio de los objetos necesarios: tal es aun hoy el estado del comercio en muchos pueblos bárbaros, que cambian objetos útiles por objetos útiles, sin llevar más lejos sus especulaciones. Este género de comercio no es contrario á la naturaleza, puesto que no traspasa el círculo de las necesidades naturales, ni es un modo de adquisición, por más que en él pueda buscarse el origen de la riqueza. A medida que estas relaciones de socorros mútuos se transformaron, desarrollándose por la importación de objetos de que antes se carecía y la exportación de otros, siendo los artículos de primera necesidad de transporte difícil, la necesidad de la moneda se hizo sentir.

Se convino en dar y en recibir en las transacciones una materia útil y de circulación fácil. Se adoptó para este uso el hierro, la plata y otros metales, determinando ante todo la dimensión y el peso; y, por fin, para evitar las continuas comprobaciones y pesos, se marcó con un sello particular, signo de su valor. Con la moneda nació la venta, forma de adquisición muy sencilla en su origen, pero pronto perfeccionada por la experiencia, para sacar de los cambios el mayor beneficio posible. De aquí nació el

error de creer que la adquisición y su ciencia tenían á la moneda por único objeto, y de pensar que su función única consistía en atesorar metales preciosos, porque el resultado definitivo de sus operaciones era procurarse oro y riquezas; y, sin embargo, la moneda no es sino un valor imaginario. Su valor está en la ley y no en la naturaleza, y su valor real desaparece en el punto en que cambia la opinión que en la circulación le admite. Entre montones de oro puede carecerse de los más indispensables alimentos. ¡Qué locura llamar riqueza á una abundancia en cuyo seno se muere de hambre! La fábula de Midas nos le presenta lleno de dolor al ver convertirse en oro todos los manjares á que se acerca.

Con razón, pues, las gentes sensatas buscan la opulencia y el manantial de la riqueza en otra parte; y ciertamente la riqueza y la adquisición naturales, objeto de la ciencia doméstica, son otra cosa. El comercio produce bienes, no de un modo absoluto, sino por la circulación de objetos preciosos ya en sí mismos. Pero es el dinero lo que parece preocupar al comercio, porque es el elemento y el fin de sus cambios; y la fortuna que nace de esta nueva rama de adquisición parece no tener realmente límite alguno. La Medicina quiere curar hasta el infinito; como ella, todas las artes colocan en lo infinito el objeto que persiguen. Pero estas

artes son limitadas en los medios de que disponen, y su fin mismo es un nuevo límite; la adquisición comercial no tiene por fin el objeto que persigue, puesto que consiste en amontonar riquezas á riquezas. Pero la ciencia política tiene límites, porque su objeto es totalmente distinto. Parece, pues, que tiene sus límites toda riqueza. Pero lo que vemos todos los días se opone á este principio, y así miramos á los negociantes amontonar riquezas sin medida; porque los dos modos de adquisición se confunden y se emplea uno por otro irracionalmente. Así, amontonar dinero no es objeto del arte militar ni de la Medicina, y, sin embargo, se hace de estas profesiones un negocio, como si el dinero fuese su fin único. Hé aquí, pues, lo que tenía que decir acerca de los diversos medios de adquirir lo supérfluo; he mostrado lo que son esos medios y bajo qué respectos son útiles. Hay también una verdadera y necesaria riqueza, que no es sino la economía natural, que se ocupa únicamente de la satisfacción de las necesidades. La especulación contra naturaleza no tiene, como ésta, fin determinado; carece, por el contrario, de medida y de objeto fijo.

Acabamos de resolver la cuestión que habíamos propuesto. Se trataba de saber si la adquisición de los bienes era ó no asunto propio del jefe de familia y del jefe del Estado. Es cierto que es preciso siempre supo-

ner la preexistencia de los bienes. Así la política misma no hace los hombres, sino que, tomándolos tales como son por naturaleza, su arte consiste en saberlos emplear. Asimismo á la naturaleza toca suministrar los primeros alimentos, que proceden de la tierra, ó del mar, ó de allí donde colocarlos ha querido; el jefe de familia los emplea del modo más conveniente. Así el fabricante no hace la lana. Su arte consiste en servirse de ella, en conocer si es de buena ó mala calidad y si es conveniente ó no la fabricación.

Una cuestión se presenta aquí: la de si mientras la adquisición de los bienes forma parte del régimen y administración domésticos, la Medicina les es extraña; porque es evidente que los individuos de la familia necesitan tanto de salud como de alimentos, ó de cualquier otro objeto de primera necesidad. La razón es obvia: si bien el jefe de la familia y el del Estado deben ocuparse de la salud de sus administrados, este cuidado es más propio del médico que de ellos. Asimismo la adquisición de los bienes necesarios á la familia concierne, hasta cierto punto á su jefe y hasta otro á la naturaleza, que los debe suministrar; porque corresponde á la naturaleza proveer al sostenimiento de todo aquello que ella ha creado, y su costumbre es colocar los alimentos de los diferentes seres en el seno mismo que los engendra. Hé aquí por qué los frutos y los ani-

males pueden ser explotados por los hombres sin contrariar la naturaleza.

Siendo dos los modos de adquisición de bienes, como hemos dicho, uno natural, que forma parte de la economía doméstica, y otro comercial ó derivado, y consistente en las operaciones de un vil tráfico, puede decirse que el primero es esencial á nuestras necesidades y un arte noble y honesto, y el segundo es justamente menospreciado, porque no está en la naturaleza y no existe sino por la avaricia de los hombres. Una de las ramas de esta especie de especulación merece, sobre todo, la execración general: hablo del tráfico del dinero que saca provecho de la moneda y altera así su fin propio. El signo monetario ha sido inventado para facilitar los cambios; la usura le hace productivo por sí mismo, y de esto ha tomado su nombre, que en griego quiere decir, parto; porque así como un ser pare otro semejante, así la usura es moneda que pare moneda. Con razón se considera esta especulación la más artificial y odiosa.

CAPÍTULO IV

Una vez expuestos y desarrollados los anteriores principios, pasemos á su aplicación; que si la teoría es siempre de primera importancia, la práctica tiene sus exigencias.

La ciencia de la riqueza en sus ramas prácticas consiste en conocer á fondo el género, el lugar y el uso de los productos. Es preciso entender el arte de criar caballos, bueyes, corderos, rebaños de todas clases; saber qué razas son las más productoras y en qué lugar se encuentran; porque el clima influye en la perfección de los animales. La ciencia agrícola es igualmente necesaria. Abraza el grande y el pequeño cultivo, la cría de abejas, de aves, de pescados y de todos los animales que pueden ser útiles. Estos conocimientos son la base de la ciencia de la riqueza.

En cuanto á la riqueza que produce el cambio, su elemento principal es el comercio, que se hace por agua, por tierra y por venta en tiendas y mercados, y que puede ser más ó menos seguro y lucrativo. Viene luego el préstamo á interés y el salario, por último, que puede aplicarse á obras mecánicas ó bien á trabajos meramente corporales.

Existe, además, un género intermedio de riqueza, que participa de la natural y de la mercantil, porque se compone de los productos de la naturaleza y de las operaciones del tráfico. Consiste en la explotación de los montes y de las minas, cuyas divisiones son tan numerosas como los metales que se extraen del seno de la tierra. No entraremos en más detalles, útiles tan sólo á los res-